

XXI.

LA MIRADA DE UNA MUJER.

El retrete en que Elena y Diana habian hecho una cena suculenta á costa del enemigo, era la galante antecámara en que las bellas damas seducidas por el oro de Mr. Smith, acostumbraban esperar á Júpiter.

Júpiter era el nabab, y ciertamente que no hubiera tenido necesidad de oro para seducir, si se hubiese dignado tomarse el trabajo.

Pero no se dignaba.

Al salir de su habitacion se dirigia al momento Montalt hácia el retrete, fuera del cual esperaban los dos negros.

Esta era otra reminiscencia del Asia, donde á guisa de cerrojos se colocan por gusto dos ó tres esclavos á las puertas.

Montalt entró. Elena y Diana estaban sentadas una al lado de otra, trémulas y en la otra estremidad del retrete. Habian tenido tiempo de volver á ponerse sus trajes de aldeanas bretonas.

Nada descubria su reciente escapatoria, á no ser la puerta de la habitacion de los trajes, que habian olvidado cerrar, y que dejaba ver las iluminaciones del jardin.

Montalt no lo notó.

Se detuvo en el dintel de la puerta para examinar á las dos jóvenes, que tenian la vista fija en el suelo, pero que sin embargo lo veian perfectamente; el nervio óptico de la mujer tiene, como todos saben, el poder de atravesar la membrana de sus párpados.

Por esto no estaban menos desconcertadas y temerosas las pobres niñas.

Elena sentia desfallecer su corazon; Diana, que era la mas próxima al nabab, no perdía uno solo de sus movimientos.

Montalt cogió un sillón, que hizo rodar hasta delante de ellas; era la primera vez que veía á esas jóvenes con sus trajes de aldeanas. Por lo demás, esa sorpresa no tenía nada de desagradable; al contrario, á medida que las contemplaba en silencio espresaba su fisonomía una especie de emoció-

—¡Pobre Breña! murmuró al fin con voz tan baja que apenas le oyeron las dos pobres niñas.

Esta exclamación, que salía del fondo de su corazón, tenía el acento dulce y triste que se toma para compadecer á un amigo desconocido.

Escusado nos parece decir que Diana y Elena habían reconocido á la primera mirada no solo al viajero de la berlina, sino al hombre de la cita de Nuestra Señora, y también al interlocutor de Roberto en la escena que acababa de tener lugar en el jardín bajo la gruta. Porque habían asistido al final de aquella y eran las que habían lanzado á través de la espesura el doble y misterioso mentís.

Desde su escondite habían visto la calma obstinada que guardaba Montalt al escuchar la odiosa historia; pero también habían visto, y esto era ahora para ellas un vago motivo de esperanza, descomponerse repentinamente la fisonomía del nabab y espesar la amargura profunda que encubría su fingida frialdad.

¡Cómo habían brillado sus ojos negros, y qué amenaza se leía en el fuego de su sombría pupila!

En aquel instante tan corto en que Montalt había dejado caer su velo de glacial indiferencia, había entrevisto Diana un juez del crimen. La romántica inclinación que tenía á ver todas las cosas bajo un aspecto sobrenatural se había despertado, haciéndole sentir algunas simpatías hacia aquel hombre tan hermoso dentro de aquel palacio que encerraba tantas maravillas.

Lo que pensaba, lo que Diana sentía tal vez no hubiera podido espresarlo; pero su alma se recogía en una emoción respetuosa como en las horas de las plegarias á Dios.

Esperaba.

Inducíale algo á respetar á Montalt, cuyo nombre le era desconocido aún.

Y en aquel momento en que de vuelta en el retrete las dos jóvenes esperaban sobrecogidas por su terror, era á Montalt á quien Diana esperaba ver.

Cuando se abrió la puerta la única que tembló fué Elena.

Diana estaba inmóvil y tranquila en su sillón con el oído atento y mirando á hurtadillas. No temblaba y le causaba asombro su sangre fría. Al verla tan serena, su hermana se tranquilizó un poco.

Montalt las contemplaba en silencio y parecía que estaba meditando. El opio obraba ya en él, al menos como un calmante, y daba á su rostro toda su noble serenidad.

—¿Por qué ese disfraz? dijo al fin con tono afable y bueno; no lo necesitáis para ser tan bellas como los ángeles.

—Son los trajes de nuestro país.... respondió Diana en voz baja y sin levantar los ojos.

—¡Ah! dijo Montalt; ¿y queréis mucho á vuestro país?

A esta inesperada pregunta arriesgó Elena una tímida mirada; luego volvió la cabeza en seguida para ocultar su rubor.

Pero había tenido tiempo para ver de frente á Montalt, cuya sonrisa se impregnaba en ese momento de una especie de bondad paternal.

El terror que Elena sentía desapareció casi en su mayor parte.

—¡Si amamos á nuestro país! dijo Diana. ¡Somos bretonas!

—¡Ah! prorumpió Montalt, cuya voz cambió ligeramente; á lo que parece, hijas mías, es una gloria muy grande ser bretonas. En todo caso, os felicito sinceramente por ello.

—Hace mucho tiempo que sabéis de dónde venimos, murmuró Diana.

—¡Oh! oh! exclamó el nabab, cuya sonrisa era cada vez mas franca; ¿con que fijásteis la atención en mí en el camino?

Elena hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Entonces ¿por qué esa prolongada resistencia? preguntó Montalt, porque hace mucho tiempo que anhelaba vuestra visita; ¿os causo miedo?

—No tanto como otros, respondió Diana, cuya voz se iba haciendo cada vez mas serena.

El nabab se inclinó.

—No tanto como otros, repitió; ese es mucho aún. Espero que habreis perdido toda clase de temores. ¿Queréis que sea vuestro amigo?

—¡Oh! respondió vivamente Diana; ¡si lo queremos!

Una nube de turbacion fué á oscurecer el rostro de Montalt. Hubiérase dicho que dudaba al dar un sentido á esa respuesta.

El silencio reinó de nuevo durante algunos segundos en el retrete. Montalt paseaba su mirada incierta de una á otra jóven.

Contemplaba con una emociion creciente aquellas dos hermosas frentes, brillantes de candor, aquellas facciones puras y encantadoras á que la cofia de aldeanas sentaba como una corona virginal.

Los que lo conocian hubieran adivinado que un pensamiento generoso y bueno combatia en su interior con las teorías de su terco escepticismo; pero el escepticismo era muy fuerte y el tiempo habia hecho llegar sus raices hasta el fondo del corazón.

Irguióse despues en su silla, tomando una postura que sentaba muy bien con la belleza de su rostro.

—Queridas mías, dijo, ¡vergüenza me causa confesároslo! pero os manifiesto que no era por mí por quien deseaba vuestra venida. ¡Era un loco! Es preciso veros de cerca para poder apreciar todo vuestro valor. Prometo que ya no os cederé á nadie.

No cabía la menor duda.

Diana se puso pálida mientras que el rubor invadía la frente de Elena.

La semejanza de las dos hermanas desaparecía en aquel momento, en que la emoción exageraba los caracteres diferentes de su belleza.

Elena no era mas que una pobre niña sorprendida y asustada.

Diana tenía la arrogancia de una reina.

—Lo ignoramos todo, dijo con voz lenta y baja; apenas podríamos deciros lo que de vuestras palabras nos hiere, caballero; y sin embargo, de confiaditas que estábamos, hemos aquí ya tristes y humilladas. Hemos venido á vos en el momento en que la angustia nos anonadaba, y en que mi pobre hermana, demasiado débil contra su sufrimiento, hablaba de morir. Cerca de nosotros se prolongaba la agonía de una mujer santa que amamos como si fuera nuestra madre. No quiero cansaros mas con nuestras penas. Se nos había hecho concebir una esperanza que por mucho tiempo nos pareció un sueño. ¿Por qué ocultarlo? Tras las promesas que se nos habían hecho entreveíamos algunas veces la vergüenza. Pero también algunas veces, como somos unas pobres ignorantes, nos parecía que Dios debía haber puesto sobre la tierra entre tantos hombres perversos, malvados, crueles é implacables, algunos corazones generosos para recompensar la virtud y probar que hay un cielo. No nos preguntéis si hemos reflexionado sobre nuestra esperanza, porque nuestra conciencia nos mandaba quedarnos. Y si

estamos aquí yo tengo la culpa.... ¡oh! mía, mía sola es la culpa. Mi hermana no quería venir.

Elena se acercó á Diana y apoyó su cabeza contra su corazón.

—¡Te hubiera seguido al cabo del mundo!.... murmuró.

—Escuchad, prosiguió Diana; cuando os he reconocido he sentido una satisfacción, un placer que no he sabido explicarme.... Me parecía mas fundada mi esperanza....

Se calmó el terror que oprimía mi corazón.... ¡Qué sé yo! Cuando las dos estábamos solas en nuestra pobre estancia, hubiéramos acudido á vos. Se nos aparecía con frecuencia vuestra imagen. ¡Dios mío! ¡Hemos tenido tantas ilusiones en nuestra corta vida, y han sido todas tan pronto desvanecidas! En el momento que hablásteis se abrieron mis ojos.... La venda que tenía delante de mi vista se ha disipado para mostrarme el abismo á cuyo borde estamos.... Caballero, no abuseis de nuestra posición, y dejadnos salir de este palacio.

Montalt la había escuchado sin intentar interrumpirla.

Su rostro había recobrado aquella indiferencia fatigada que era la máscara tras la cual se ocultaba siempre su emoción.

—¡Hermosas mías!.... dijo con una sonrisa glacial, cuando se entra en una sala no se sale de ella tan fácilmente.

Elena se cubrió el rostro con las manos.

—¡Tened piedad! dijo Diana; somos las hijas de un caballero.

—¡Diablo! dijo Montalt, que parecía suavizar su ironía; eso es escesivamente lisonjero para un villano como yo.

—¡Tened piedad! repitió Diana, cuyas largas pestañas dejaron escapar una lágrima.... nuestro padre es muy anciano, y si somos deshonradas no volverá á ver nunca á sus hijas.

Esperaba una respuesta con la cabeza erguida y los ojos bajos.

No la obtuvo.

—Escuchad.... prosiguió con voz resignada: aquí somos dos; contentaos con una víctima.

—¡Bueno! dijo Montalt; ¿y cuál va á ser?

—¡Yo, yo! exclamaron á la vez las dos jóvenes.

—¡Bravo!.... dijo Montalt; ahora es la cuestion sobre cuál se ha de marchar.

—¡Oh! murmuró Diana; pobre Elena mia, te lo ruego, te lo suplico....

Elena se lanzó entre los brazos de su hermana, estrechándola contra su corazón.

—¡Moriremos juntas! dijo.

Diana entonces levantó sus ojos hasta Montalt, mirándole de frente por primera vez. Brillaban sus pupilas; la sangre coloreaba vivamente sus mejillas, tan pálidas antes. Pero todá esa indignacion cesó como por magia.

Montalt no habia podido sostener su máscara, y la mirada de la jóven le habia penetrado.

No habia necesitado mas que una ojeada, y sus párpados, que se bajaban entonces de nuevo, querian sonreir.

Habia visto la fisonomía del nabab desmentir enérgicamente sus crueles palabras; habia visto la bondad tras su implacable furor. Hasta habia creído ver húmedos sus ojos....

Montalt habia procurado componer su fisonomía al momento; pero es en vano querer ganar la viveza de la mirada de una mujer.

Al verse así descubierto de improviso, arqueó las cejas.

—¡Niñas bretonas, hijas de un caballero! murmuró con amargura no fingida. Pardiez, queridas mias, habeis....

Rechazó el sillón en que se apoyaba y se puso á pasear por la estancia diciendo:

—Y venís á hablarme de honor.... y venís á decirme como en las comedias: Preferimos la muerte á la deshonra. Mlle. Diana, hubiérais hecho una actriz muy regular. Honor.... replicó encogiéndose de hombros; ¿sabeis á quién os habeis dirigido?.... Yo, hermosas mias, no creo en el honor.

Por lo que hace á las amenazas de muerte que se hacen en semejantes casos, se asemejan mucho á esos fatuos cantantes que pasan la mitad del dia haciéndose rogar, y la otra mitad en gemir su romanza cuando nadie quiere oirlos....

Mientras que se espresaba así, indignándose y gesticulando con toda fuerza, se habia inclinado

Diana al oído de Elena, deslizándole algunas palabras en voz baja.

Luego las dos jóvenes se pusieron á mirar al nábab á hurtadillas.

En los ojos de Elena habia entonces tanto temor como curiosidad.

Por lo que hace á Diana, habia recobrado todo su valor.



Este extraño poder lo tienen todas. Aquí la ignorancia importa poco; el candor no hace nada; la mas inocente como la mas astuta tiene esa mirada escrutadora que penetra y reconoce hasta el fondo del corazon.

Basta ser mujer.

A menos que la mujer no ame. En ese caso se producen indiferentemente dos fenómenos contrarios. A veces la pasion hace mas sutil todavía esa perspicacia que traspasa los límites de lo verosimil y se convierte simplemente en segunda vista, mesmerismo, brujería. Con mas frecuencia aún sujeta

XXII.

CINCUENTA MONEDAS DE SEIS

LIBRAS.

sonriendo el amor su mitológica venda sobre sus hermosos ojos celosos.

¿Qué sería del desgraciado don Juan si el hijo de Vénus llevase siempre anteojos?

Mientras que Montalt declamaba sus incendiarias arengas y se creía el mas bárbaro tirano, se tranquilizaban mas y mas las dos jóvenes. Diana le habia adivinado perfectamente.

No tal vez hasta el punto de esplicarle ó definirle, sino lo bastante para dar una solución á sus raros caprichos, y no ver ya en cada una de sus acciones un enigma inesplicable.

En esto era mucho mas diestra que Montalt, que sobre todo entonces, ignoraba lo que hacia y lo que queria.

Su paradoja favorita unida al temor de enternecerse, le hacia intratable. Enojábase consigo mismo y se golpeaba las caderas con objeto de mostrarse sin piedad, justamente porque sentia ya la emoción victoriosa.

¡Eran tan encantadoras las dos! tan dulce y sencilla la una y tan sencilla y arrogante la otra! Y despues hablaban de desgracia....

La emoción actual se mezclaba en Montalt á esa emoción recientemente espermentada durante la narración de Roberto. Y todo esto lo remontaba á un pasado lejano, pero que vivia aún á pesar suyo en el fondo de sus recuerdos.

Porque el género de suicidio en que se obstinaba Montalt es felizmente imposible. No se puede ma-

tar el alma, y bajo las glaciales supercherías que la misantropía reúne laboriosamente, duerme y espera el despertar la sensibilidad inmortal.

Sobre todo cuando la sensibilidad fué esquisita en los días de la juventud, cuando el corazón, herido en su primer ímpetu, se ha replegado desdeñosamente en sí mismo.

¡Si los misántropos supieran que el desprecio y el odio son puros venenos en medicina moral, y que el único tratamiento aplicable á las enfermedades del amor es el homeopático!

Dios habia hecho á Montalt generoso hasta el exceso, fácil á todas las impresiones, ardiente en el amor, decidido, misericordioso, sincero.

Montalt habia intentado convertir en vicios cada una de sus virtudes, y esto muy seriamente.

En esa obra habia empleado todo el fuego de su juventud, toda la fuerza de su edad viril; pero no lo habia conseguido.

Dios habia permanecido siendo el señor.

Todo lo que Montalt habia podido hacer habia sido engañarse á sí mismo y mirarse como un condenado de consideración.

Esta creencia era su orgullo y su alegría. Hoy por primera vez, despues de mucho tiempo, hacia nacer en él vagos remordimientos, porque habia surgido del fondo de su conciencia una duda; no sabia si esa larga y terrible venganza ejercida contra su propio corazón, tenia un motivo ó únicamente un pretexto.

No lo sabía. Las suaves voces de las dos jóvenes le recordaban confusamente otra voz. Sus trajes bretones le hablaban de una tierra odiada, pero tal vez muy querida en otra época.

Mostrábase implacable.

Sin embargo, por ciertas señales se podía prever que esa temible cólera iba á desaparecer repentinamente. El amargo sarcasmo estaba á punto de cambiarse en cariñosas palabras.

Porque el nabab era así, y aquella noche mas que de ordinario cambiaba su capricho á todos vientos.

Estaba inquieto.

En su interior habia una voz que repetia sin cesar:

¡Si te hubieras engañado!..... si fueras amado..... ¡si hubiera habido veinte años de sufrimientos compartidos!.....

Y para acabar comenzaba á hacer efecto el opio, preludiando esa dulce embriaguez que precede al sueño....

Al concluir de hablar deslizó sus miradas hácia las dos jóvenes, que creia aterrorizadas.

Estaba separado de ellas por la estension de la sala.

Diana jugaba tranquila y serena con los rizados cabellos de Elena.

Montalt hizo un movimiento de despecho y sorpresa.

Las dos hermanas parecian no fijar la atención en él. Se detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Queridas mías, dijo sosteniendo su tono de ironía, ¿no me haceis el obsequio de escucharme?

Diana se volvió inmediatamente hácia él con la frente libre y los ojos audazmente abiertos.

Elena avanzó su cabeza, mas tímida, por detrás de su hermana.

Montalt tenia que luchar mucho para que su mirada no se suavizara al contemplarlas tan bellas.

—¿Por qué entristeceros así? murmuró Diana, cuando queremos amaros tanto....

—¿De veras? preguntó Montalt con el último esfuerzo de ironía; me parece algo atrevidillo para dos hijas de un caballero.

—Bien, replicó Diana libremente y como si hubiese hablado con un amigo antiguo; ahora estais vos mas severo que nosotras antes!.....

¿No quereis que os amemos?

Montalt volvió la cabeza y prosiguió su paseo.

Esta escena tomaba, sin que se hubiese presentado la menor peripecia, un carácter singularmente inesperado.

¿Recordais aquella graciosa alegoría del buen La Fontaine de que se han hecho tantos cuadros feos ó bonitos, una niña rubia que corta riendo las garras de un leon de colosales dimensiones.....

En esto habia algo semejante, únicamente que el leon de la fábula no oponia la menor resistencia y Montalt se defendia cuanto le era posible.

Pero sus garras no por eso dejaban menos de caer una á una.

Desde que habia entrado en esa habitacion experimentaba uno de los sentimientos imperiosos y repentinos contra los cuales no se rebelaba ordinariamente su sistemática indolencia.

Ya lo hemos visto lanzarse literalmente al frente de Enrique y Roger en la berlina de la diligencia.

El encanto que le arrastraba hácia las dos jóvenes era del mismo género y mucho mas irresistible.

Pero habia una diferencia esencial. Enrique y Roger eran hombres, y en el caso presente se trataba de mujeres.

Es decir, de séres miserables y que merecian toda clase de desdenes, de esas criaturas que segun la doctrina de Montalt, nacian con todos los vicios, de esas serpientes graciosas y envenenadas creadas para la desgracia del hombre, de esos enemigos débiles y formidables, falaces, traidores, crueles, que todo hombre en cualquiera circunstancia debia destruir con el pié.

Para colmo se encontraba con que las dos hadas habian adivinado el combate silencioso de que era teatro su conciencia. Sonreian en vez de temblar. Estaban tan completamente cambiados los papeles, que él, el autócrata, el tirano, sufría el tormento mientras que las víctimas contemplaban pacíficamente su pena.

¡Dios miol No abusaban ellas de su victoria, y

habia en sus miradas, llenas de clemencia, un sincero deseo de conceder la paz cuanto antes.

—Las hijas de un caballero, replicó Diana, que ahogó un suspiro; es cierto que lo éramos; pero ahora nos importan mas nuestras acciones que nuestra cuna.

—¿Ha muerto vuestro padre? preguntó Montalt.

—No, ¡gracias á Dios! exclamaron las dos jóvenes.

Luego añadió Diana, sacudiendo la cabeza:

—¡Nosotras somos las muertas!

El nabab interrumpió su paseo para dirigirles una severa mirada.

—¡No me chanceo! replicó Diana con melancolía; hemos muerto para los que amamos. Hemos emprendido una empresa que era superior á nuestras fuerzas de niñas. Luchaban contra nosotros hombres sin corazon ni piedad. Una noche nos hicieron caer en un lazo cobardemente preparado, y un asesino subalterno se encargó de matarnos.

Montalt se habia acercado hasta la mitad de la estancia.

—Todo eso es muy cierto, prosiguió Diana, y no querria mentir, porque tengo el presentimiento de que nos habeis de amar. Eramos muy pobres, pero un antiguo servidor de nuestra familia que Dios habrá llamado ya tal vez á sí, puesto que estaba en su lecho de agonía, nos hizo herederas de un pequeño tesoro reunido durante una vida de trabajo.

Iban á ahogarnos. Estábamos tendidas en el fondo de una barca con la boca tapada y gruesas piedras atadas al cuello.

Montalt dió dos pasos mas como contra su corazón.

Diana prosiguió, dirigiéndole una mirada:

—Había mucha agua y no teníamos de donde esperar socorro en aquella solitaria noche.

Entregué mi alma á Dios y me volví hácia mi hermana para verla otra vez.

Nuestro asesino tuvo piedad en ese supremo momento y nos acercó una á otra para que pudiéramos abrazarnos antes de morir.

—¡Oh! murmuró Elena, que estaba muy pálida al recordar esto, y que rodeaba á Diana con sus brazos; ¡cuánto pedí á Dios que tomara mi vida y te dejara la tuya, hermana mía!

El nabab estaba entonces junto á las dos jóvenes; sus húmedos ojos sonreían.

Diana besó en la frente á su hermana y continuó:

—Procuré hablar con los ojos al asesino, porque teníamos agarrotados los brazos. Su rostro expresaba alguna emoción y concebí una pequeña esperanza.

Me comprendió: desató mi mordaza y le dije: Si quereis dejarnos la vida os daremos cincuenta piezas de seis libras, y nunca se oirá hablar de nosotras en el país.

Aquel hombre era pobre.

—“Eso hace trescientos francos, murmuró, y bien puedo dar sepultura á los ataúdes vacíos. Pero partireis al momento y os ireis muy lejos, muy lejos.

—“Iremos muy lejos y pediremos á Dios por vos.

—“Eso hacedlo despues.”

El tesoro del pobre servidor de nuestra familia contenia cien escudos de seis libras. Le dimos la mitad, cumpliendo nuestra promesa, y partimos para Paris.

El nabab se habia sentado delante de ellas, mirándolas con sonrisa paternal.

—Pero os cansa mi historia, dijo Diana precisamente al llegar á este punto.

—¡Coquetal dijo Montalt lleno de ternura; ya sabes que no.

Diana le tendió la mano; Montalt tomó la de Elena, reuniendo las dos en las suyas.

Desde entonces no intentaba ocultar su interés, escitado en el mas alto grado; pero el opio hacia efecto y el sueño iba pesando sobre sus párpados.

—¿Fué entonces cuando os encontré en el camino de Paris? preguntó.

—¡Precisamente! Os acompañaban dos jóvenes que habíamos visto muchas veces en el país.

—¡Muchas veces! repitió Montalt, en cuya imaginacion acababa de surgir una idea; ¿no los conocéis particularmente?

Diana tal vez dudó, pero no lo dió á conocer.

—¡No! respondió.

—Es claro, respondió Montalt; Enrique y Roger me hubieran hablado de esa historia.

Sin embargo, para no conservar duda alguna, añadió en voz alta:

—¿Quereis decirme cómo os llamis?

—Luisa.... contestó Diana, que apretó á su hermana el brazo.

—Berta, dijo Elena bajando los ojos.

—¡Hubiera querido que fuesen ellas! pensó el nabab.

Cuando Diana prosiguió habia en su voz alguna turbacion.

—Es preciso no juzgar á pobres campesinas como á señoritas bien educadas. Tal vez hicimos mal en dirigirnos á esos jóvenes; pero si supiéseis la resolucion que da la muerte! No causa miedo. Cuando mi hermana y yo dudamos desde que estamos en París, un solo motivo hace desaparecer nuestros escrúpulos, y esta noche, cuando han querido traernos á vuestra casa, ni mi hermana ni yo hubiésemos aceptado á no haber dicho yo como siempre: No existimos: lo que detiene á las jóvenes felices que se vigila y ama no puede retenernos.... Las Hijas de la Luna son libres como el viento que las lleva por entre el follaje.

—¡Las Hijas de la Luna! repitió el nabab; de ese modo habeis firmado vuestros billetes.

Pero no preguntó la esplicacion de ese místico sobrenombre.

—Desde hace dos meses, replicó, ¡debeis haber sufrido mucho, pobres niñas!

—Hemos tenido que pasar horas muy crueles, contestó Diana, porque si bien estábamos solas, habia otra miseria al lado de la nuestra.... Pero el buen Dios nos ha infundido valor y alegría. Hemos tenido mas de un momento de placer.... Mientras han durado los dias buenos se detenian los transeuntes delante de nosotras para escuchar nuestras canciones.... y á veces volviámas ricas.... ¡Canta tan bien mi hermanita!

—Y tú, exclamó Elena.... Si supiérais como la miraban al escucharla....

—Pero ha llegado el invierno.... prosiguió Diana, y no han querido escucharnos. Cuando llegamos nos quedaba ya muy poco de los cincuenta escudos.... Poco á poco hemos vendido cuanto teniamos.... Y esas pobres gentes que recibian de nosotras el pan de cada dia sin conocernos, puesto que nos creen muertas, han tenido hambre en su miserable retiro.... ¡Oh! si no se hubiera tratado mas que de nosotras! pero era preciso salvarlos y hemos venido.

P
.H
V